

Newsletter semanal

2 de octubre de 2020

Vol. 2

¿Qué pasa en los Estados Unidos?



En este número

Editorial

Swing States: El caso de Florida

Los desafíos de la sociedad abierta

Donald Trump vs. Redes sociales

Recomendaciones

El presidente Donald Trump y su esposa Melania han dado positivo de COVID-19 a última hora del jueves 1 de octubre. ¿Podría esto modificar directa o indirectamente la carrera electoral? Es difícil saberlo a pocas horas del episodio. Sin embargo, es necesario remarcar que la situación tiene una dimensión sanitaria y otra política. Desde lo sanitario, Trump es una persona de 74, con sobrepeso, malos hábitos alimentarios y bajo un continuo stress. La dimensión política está íntimamente ligada en tanto Trump ha subestimado la potencial influencia del virus y ello significa un evidente riesgo cuando apenas restan 31 días para las elecciones. Por ejemplo, el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, actuó de forma similar pero superó al virus, demostró cierta fortaleza física y hoy ha alcanzado altos niveles de popularidad. Políticamente hablando, Trump deberá primero superar el virus y demostrar una fortaleza física con una trayectoria de tiempo demasiado acotada. El diario opositor The New York Times lo ha resumido bien en su portada digital de hoy viernes 2 de octubre: "After Months of Playing Down Outbreak's Severity, President Confronts Infection. President Trump's test result threw the nation's leadership and his re-election campaign into uncertainty". Los Mercados globales han reaccionado negativamente.

Por su parte, el primer debate presidencial entre el actual presidente y el ex vicepresidente Joe Biden ha dejado una sensación rara a la teleaudiencia global. No era lo que esperaban. Se encontraron con algo que no fue un debate, mucho menos un intercambio de ideas y donde ninguno habló de sus respectivos planes para una hipotética administración. Pareció más una discusión de dos viejos conocidos que, cuando se quedaban sin argumentos, agredían al otro.

El acontecimiento no fue decepcionante para quienes sabían que no iba a ser un debate propiamente dicho y, por ende, asistieron a un show. Una primera hora intensa y picante. Los dos muy activos y con claras estrategias. Trump siempre buscó poner en aprietos a Biden con los votantes de Sanders y Biden le recalca a Trump su ineficiente accionar frente a las diferentes crisis que ha tenido que enfrentar. La última media hora del "debate" se vio más entreverado, con más cortes, pero ahí es donde Chris Wallace (moderador) debió estar a la altura a la situación. No lo estuvo.

Por otro lado, Amy Coney Barret (ACB) será seguramente la tercera mujer en convertirse en jueza del más importante tribunal de justicia de la historia de Occi-

-dente. Sin embargo, su probable llegada a la Corte Suprema de los Estados Unidos se encuentra acompañada de varias polémicas en medio de una sociedad polarizada, a 31 días de una elección presidencial.

A finales de la década de 1990 ACB había sido ayudante (Clerk) del mítico juez conservador Antonin Scalia, miembro de la Corte Suprema (nominado durante la presidencia de Ronald Reagan) entre 1986 y su muerte, el 13 de febrero de 2016. Esta fecha no es irrelevante para nuestra historia ya que Barak Obama nominó al respetado juez del Tribunal de Apelaciones del Distrito de Columbia, Merrick Garland, para suplantar a Scalia el 16 de marzo de ese año. El Senado controlado por los Republicanos se negó siquiera a tratar el CV de Garland. El líder de esa bancada, Mitch McConnell, adujo que era necesario esperar al nuevo presidente porque 2016 era año electoral y la Casa Blanca y el Senado no pertenecían al mismo partido.

El argumento actual de McConnell para impulsar antes de noviembre la aprobación del legajo de ACB es que los republicanos tienen las llaves del Poder Ejecutivo y de la Cámara de Senadores. Sin embargo, no es un argumento sólido: las elecciones están demasiado cerca, la polarización crece, la opinión

pública tiene una muy alta consideración de la jueza anterior, Ruth Bader Ginsburg (RBG), y una baja consideración del presidente en ejercicio y del líder del Senado. En medio de esta compleja situación, el antecedente Garland debiese ser tenido en cuenta. Nuestra mención a Scalia no solo tiene como referencia al “Affaire Garland”. También es pertinente en tanto era muy amigo de RBG y ambos supieron generar una empatía en medio de posiciones ideológicas distintas, incluso opuestas. Aquí podemos escuchar a RBG en el funeral de Scalia, despidiendo a su amigo: <https://bit.ly/30pEU40>. Aquí podemos escuchar una conversación entre ellos, dos personas inteligentes cuya amistad probablemente en parte se profundizó por pensar diferente: <https://bit.ly/33nI8XJ>.

Paso seguido, Amy Coney Barret tiene un excepcional CV y un promisorio futuro como para merecer ocupar un lugar en la Corte Suprema de Justicia. Sin embargo, sería un ejercicio de prudencia que fuera nominada por Donald Trump solo si éste alcanzara la reelección el 3 de noviembre próximo.

En un excelente artículo titulado “A Brief Era of Rationality is Ending”, Dan Hannan sostiene que la comprensión y aceptación de nuestra ignorancia ha sido

la principal causa del suceso contemporáneo de occidente. Como se desarrolla en otro artículo de este Newsletter, la reciente consolidación de la “Identity Politics” ejemplifica la negación de la incertidumbre como virtud. En el mundo de la “Identity Politics” nadie duda porque todo es evidente y quien duda deviene sospechoso. Es que para este nuevo autoritarismo es muy claro quién es culpable y quién es inocente. El clásico concepto jurídico donde han descansado nuestras libertades individuales, “el acusado posee el beneficio de la duda” y “toda persona es inocente hasta que se compruebe lo contrario”, devienen anatemas para los fervorosos defensores de las identidades oprimidas. Para estos es evidente quién es el opresor y quien es el oprimido. La duda es un privilegio del pensamiento clásico ejercido por una minoría opresora.

El punto de Hannan no solo es polémico sino que es preocupante. El autor se pregunta “What is the central idea of the Enlightenment? Human dignity? Secularism? Pluralism? Freedom? All these things matter. But something came before them and made them feasible, something so woven into contemporary Western culture that we rarely pause to contemplate its vastness or its strangeness. The modern world rests upon our acceptance of our own

ignorance. The distinguishing feature of the Age of Reason was a readiness to find things out through experimentation and logic, to reexamine orthodoxies, to discard established theories when better ones came along. That presupposes a willingness to accept that there are lots of things still to be discovered” (<https://washex.am/3l0CaC6>).

Paso seguido, la “Cancel Culture” no solo sería un conflicto coyuntural sino parte de un cansancio estructural de nuestra propia naturaleza humana ante la incertidumbre generada por el creciente y sistemático desafío que nos ha impuesto la libertad, es decir, la centralidad y vigencia de los derechos individuales por sobre la anterior supremacía de los derechos colectivos representados, siempre, por un iluminado o por una casta de iluminados. Hannan percibe que podríamos estar ingresando al epílogo del reino de la duda e incertidumbre para reingresar a la certeza de la confrontación y, más aún, de la apelación a las características personales, grupales o nacionales como respuestas inamovibles. En definitiva, eso es la “Identity Politics” y el fenómeno de la “Cancel Culture”, fenómenos que, como mencionamos, este Newsletter se ha ocupado, se ocupa en este número y continuará ocupándose en las ediciones sucesivas.

La duda supone alguna forma de experimentación. Nuestros ancestros no tenían mucho margen para la duda. Debían adivinar rápidamente la real dimensión de la amenaza próxima y reaccionar en consecuencia. Nosotros no solo podemos sino que incluso hemos desarrollado contemporáneamente una predisposición moral en favor de la duda. Esta predisposición ha sido una evolución fenomenal. Tan fenomenal que nos ha hecho prósperos. Volver a la caverna de la certeza reflejaría un problema moral y material ya que, con tanta prosperidad acumulada, los nuevos hombres necios tendrían la capacidad de hacer mucho más daño que antaño.

Es que si, siguiendo a Hannan, nos encontráramos en medio de un breve paréntesis en nuestra historia donde, efectivamente, ha prevalecido la duda y la incertidumbre por encima del dogma y la imposición, debemos remarcar que estos últimos 300 años han contribuido de tal forma al florecimiento de la condición humana que el significado de la escasez se ha redefinido. La llegada de la abundancia ha generado desafíos y dilemas éticos y sociales impensables para nuestros antepasados. La precariedad de nuestras herramientas conceptuales y morales nos ha enfrentado a situaciones inéditas con-

-temporánea inéditas en la historia del Homo Sapiens. Hemos acertado y fracasado pero la sucesión de aciertos y errores recientes han sido realizados (con notorias excepciones) en libertad, es decir, en medio de la posibilidad ética y política de la experimentación. Sería una nueva e imprevisible tragedia agregar a los (notables) desafíos de la abundancia la imposibilidad de dudar en libertad, es decir, de tener la incertidumbre como motor para la búsqueda de sentido.

Un ejemplo que menciona Hannan es caro a las sociedades abiertas en tanto herederas del iluminismo. En Escocia, la Universidad de Edimburgo ha removido el nombre del genial David Hume de uno de sus edificios ante la demanda de grupos que se sentían agredidos por los opiniones del autor del “Tratado de la naturaleza humana”. ¿Cuáles fueron esas opiniones? Hume sostuvo en su momento que “la civilización era en esencia un fenómeno blanco (a white phenomenon)” una definición que hoy obviamente decodificamos como falsa y prejuiciosa pero que es imprescindible contextualizar.

Si efectivamente estuviéramos concluyendo el “paréntesis histórico del Iluminismo” para retornar a la preeminencia de la tribu por sobre la persona, sería importante remarcar que,

Editorial

al menos por un período relativamente prolongado, nos encontraremos con el dilema del autoritarismo en la abundan-

-cia en lugar de la histórica relación entre ausencia de libertades individuales y escasez.

Swing States: El caso de Florida

Florida es el “Swing State” que más votos electorales reparte (29) en las elecciones de los Estados Unidos. Junto con New York, el “Sunshine State” es el tercer Estado y es superado solo por California (55) y Texas (38). Esto hace que la Florida sea uno de los focos de atención principales en las elecciones presidenciales del próximo 3 de noviembre.

Antes de entrar en las particularidades actuales de Florida, parece necesario repasar un poco de su historia. Florida se integró como Estado en 1845 y en las elecciones de 1848 votaron a favor del partido Whig. Estos terminaron ganando las elecciones. Fue la última vez que el triunfo no recayó en un Republicano o en un Demócrata. Como la mayoría de los Estados del sur, tras la guerra de secesión Florida votó casi siempre Demócrata hasta 1952 cuando pasó a votar, con alguna excepción, siempre Republicano hasta 1972. Después de 1972 votó en todos los casos con el partido que ganó las elecciones menos en 1992 que se decantó por George Bush (padre) y el ganador terminó siendo Bill Clinton.

La población de Florida comenzó a aumentar de forma exponencial hace aproximadamente 60 años. Esto hizo que también aumentara la cantidad de votos electorales del Estado de 10 en 1960 a 29 en 2020, estimándose que para las próximas elecciones se sumaría un voto electoral más.

En lo que respecta a las características de su electorado, en 2016 votó un 74,5% de los registrados, lo que representó 9,5 millones de sufragios en una población total de 20 millones de personas. Una “Exit Poll” en las elecciones de 2016 de la cadena CNN reflejó que un 62%



de los votos fueron emitidos por blancos. Este grupo brindó su apoyo en un 64% al presidente electo, Donald Trump. La comunidad afroamericana representó el 14% de los sufragios y favoreció en un 84% a Hillary Clinton. Por su parte, la importante comunidad latina emitió el 18% de los votos y favoreció a la candidata demócrata con un 62% versus un 35% de apoyo para Donald Trump.

<https://cnn.it/2HPO1EX>.

Si comparáramos los resultados de Florida con los obtenidos a nivel nacional de estos tres grupos, podríamos ver que, por ejemplo, sobre el voto total la comunidad blanca representó el 71%, mientras que la comunidad afroamericana representó el 12 % y la comunidad latina el 11%. Con esto podemos ver que en el Estado de Florida las minorías representan un porcentaje mayor que a nivel nacional. Esto es evidente principalmente en la comunidad latina que representa un 7% más en Florida que en nivel nacional.

Si analizamos cómo votaron estas comunidades, vemos que a nivel nacional la comunidad blanca apoyó a Trump con un 57%, es decir, un 7% menos que esa comunidad en Florida. La comunidad afroamericana a nivel nacional apoyó a Hillary Clinton con un 89% mientras que en Florida lo hizo con un 84%. Por su parte, un 66% de la co-

munidad latina votó a nivel nacional a la candidata Demócrata. La gran diferencia fue que a nivel nacional el apoyo a Trump fue tan solo de un 28% mientras que en Florida fue de un 35%.

La particularidad del voto latino se puede explicar en Florida por las diferencias étnicas de esa comunidad con respecto a otras comunidades latinas a lo largo de los Estados Unidos. En Florida 1/3 de los votos latinos provienen de la comunidad cubana, una comunidad que tradicionalmente se ha registrado como Republicana y donde la oposición al régimen comunista de la isla les marca en parte su posición ideológica. Esto se notó en 2016 con un apoyo a Trump del 56% de los votos. La segunda comunidad latina en importancia en la Florida es la puertorriqueña. Se encuentra creciendo de manera importante y generalmente apoya al partido demócrata.

La diferencia con el resto de los Estados Unidos es que las comunidades latinas predominantes son principalmente mexicanas y puertorriqueñas, dos comunidades tradicionalmente demócratas. Según el Pew Research Center, las comunidades puertorriqueñas se identifican en un 68% con el partido demócrata mientras que las mexicanas lo hacen en un 59%. En cambio, los cubanos se identifican en un

57% con el Partido Republicano.
(<https://pewrsr.ch/3I9xZDZ>).

El Pew Research Center estima que para las elecciones del 2020 la comunidad latina en Florida representará un 20% de los votos. Una encuesta realizada por ABC News y el Marist Poll el 31 de agosto pasado reflejó que Trump tendría una ventaja en la comunidad latina de 50% a 46%.
(<https://cnb.cx/3cMWcNw>)

Para comprender un poco más sobre la colectividad cubana en los Estados Unidos y su creciente apoyo a Donald Trump es importante posicionarnos en marzo de 2016, cuando el Ex Presidente Barack Obama “traicionó” a este grupo con el inesperado acercamiento al régimen dictatorial de los hermanos Castro. Esto provocó un rechazo inmediato de esta colectividad que no solo decidió apoyar a Trump en 2016 sino que, dado la retórica contra la dictadura cubana, le ha hecho ganar cada vez más adeptos dentro de ese electorado relevante, eventualmente decisivo.

Es necesario mencionar lo sucedido en el año 2000, cuando la campaña presidencial enfrentó, por un lado, al entonces vice presidente Al Gore por el partido Demócrata y, por el otro, al entonces gobernador de Texas George

W. Bush por el partido Republicano. La elección estaba virtualmente empatada y debía definirse por el resultado del Estado de Florida. En la noche de la elección el conteo daba 49% para ambos, pero una pequeña diferencia para el Republicano de 0,5%. Según la ley de Florida cuando existe una diferencia de 0,5% o menor se puede pedir el recuento de los votos y, efectivamente, así lo hizo Al Gore.

Una vez que se realizó el recuento, la diferencia se redujo a menos de 0,25%. Aquí nuevamente apoyado por las leyes del Estado de Florida, Al Gore solicitó un conteo manual ya que, según el marco legal vigente, cuando la diferencia es menor a 0,25% se puede utilizar ese recurso. El tiempo de este recuento se extendió hasta principios de diciembre y aún no se sabía quién sería el próximo presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, con esto no terminaron los problemas y las polémicas.

Katherine Harris, entonces secretaria de Estado de Florida, entendió que no era necesario seguir con la votación y declaró a George W Bush como vencedor de la contienda en Florida y, con ello, virtual nuevo presidente de los Estados Unidos. Al Gore y el partido Demócrata apelaron a último estadio posible, la Corte Suprema de Florida, para poder obtener una orden de

recuento de votos. Pero al día siguiente la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos intervino y terminó con la larga agonía de saber quién sería el Presidente número 43 de los Estados Unidos, rechazando la petición de los Demócratas.

En 2016 Donald Trump venció a Hillary Clinton en el Estado por 1,2% de los votos y para 2020 se espera una paridad similar. Los datos que aparecen de la comunidad latina son buenos para la campaña del actual presidente y eso ha hecho mella en las filas demócratas, donde poco después de esta encuesta el multimillonario y ex pre candidato demócrata, Mike Bloomberg, prometió donar 100 millones de dólares para la campaña de Joe Biden en Florida.

9 votos electorales están en juego en este Estado y con una paridad tan acentuada los votantes estarán a la espera de lo que puedan dejar los debates presidenciales, principalmente el que se hará en Miami el próximo 15 de octubre.

Los desafíos de la sociedad abierta: “Identity Politics” y “Cancel Culture”

La “Cancel Culture” o “cultura de la cancelación” se ha consolidado en la última década, particularmente en el último lustro, en dos ámbitos centrales de las sociedades abiertas: las universidades y los medios de prensa. En el primer número de este Newsletter hemos mencionado una de las manifestaciones sucedidas en dos de los más influyentes medios escritos: el New York Times (<https://www.nytimes.com/>) y el Wall Street Journal (<https://www.wsj.com/>). El New York Times ha dejado de ser un respetado diario progresista para devenir en un panfleto radical, donde una opinión liberal es decodificada como reaccionaria y una opinión conservadora es definida como racista.

La discusión en las universidades ha tenido incluso ramificaciones más lamentables. Por ejemplo, el pasado 4 de julio cerca de 350 profesores de la prestigiosa Universidad de Princeton firmaron una carta (una “Faculty Letter”) donde le piden al presidente, Christopher Eisgrubers, y a las principales autoridades de la institución que tomen medidas explícitas para beneficiar a las distintas minorías. Básicamente, piden un ejercicio discriminatorio contra los blancos para reparar las injusticias cometidas a lo largo de la historia contra los no-blancos. Algunas de las 48 demandas son simplemente surrealistas. (<https://bit.ly/3n9uVtz>). Conor Friedesdorf escribió el 4 de agosto una respuesta o reflexión en el influyente semanario progresista The Atlantic: “The Princeton Faculty’s Anti-Free-Speech Demands” (<https://bit.ly/3imosrt>).

Por su parte, el 8 de septiembre pasado el Faculty de la Universidad de Cornell produjo su propia carta de deman-



-das a las autoridades de la institución: “Faculty, Graduate Students and Staff for an Anti-Racism Cornell, 2020 Demands” (<https://bit.ly/3cSP0iX>). Nuevamente, hay una bizarra sucesión de menciones sobre la responsabilidad de la Universidad en el bienestar de los pueblos originarios de la zona de Ithaca (lugar en el norte del Estado de New York donde se encuentra el Campus) sumado a un conjunto de pedidos explícitos de actuar no en pos de la igualdad de oportunidades sino, por el contrario, en la búsqueda de privilegiar a las minorías e, incluso, a las parejas de las minorías.

En la mencionada Universidad de Princeton el pasado 27 de junio fue removido el nombre de la School of Public and International Affairs: se llamaba Woodrow Wilson (<https://bit.ly/3cMtPiH>). Incluso más sorprendente que el extemporáneo cambio de nombre son las sucesivas y crecientes explicaciones que Christopher Eisgrubers y las demás autoridades tienen que darle a un conjunto de radicales que, por definición, nunca se encuentran satisfechos. Eisgrubers y otros no solo han removido el nombre de Woodrow Wilson de una de las Schools de la Universidad sino que no se cansan de pedir perdón por cosas que ellos no hicieron y por cosas que el 99% de los americanos no piensan.

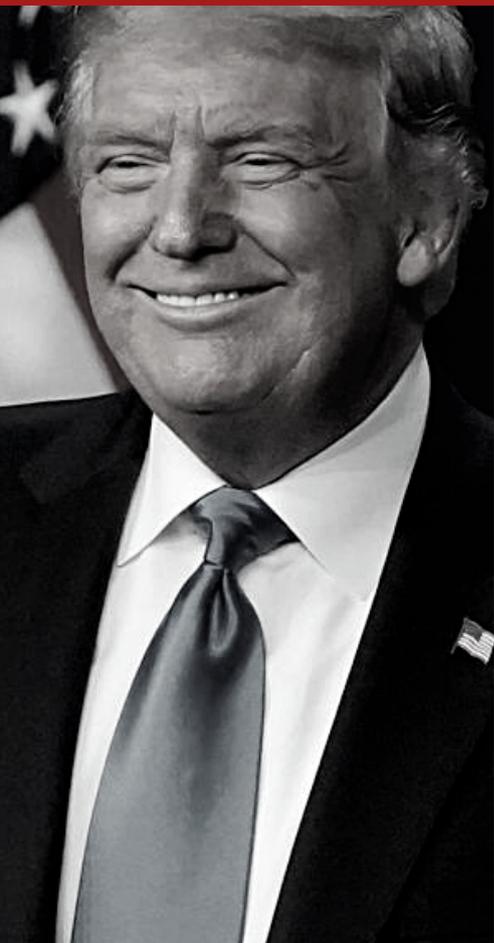
Dado que las universidades son espacios físicos donde los estudiantes se encuentran, discuten, acuerdan y disienten, la imposibilidad de aceptar como legítima y necesaria una opinión políticamente incorrecta ha generado un círculo vicioso de pre-censura, autocensura y prejuicio a la crítica. Esto significa que la crítica o no es necesaria o es lapidaria. Pero el intercambio de ideas sincero representa a dos o más personas que discuten, precisamente, porque creen estar en lo correcto pero aceptan que otro pueda revelarles y demostrarles que no es así. Paso seguido, el ámbito universitario es el mejor espacio donde encontrarse a veces en lo correcto y otras veces equivocado. Esto significa que el proceso de aprendizaje y descubrimiento necesariamente refleja la existencia de matices. La “Identity Politics” y la “Cancel Culture” son exactamente lo opuesto: la ausencia de matices.

Hay dos sitios muy recomendables que desde hace pocos años intentan aplacar y contestar las sucesivas muestras de intolerancia identitaria que se han ido consolidando en los Campus a lo largo y ancho del país: FIRE (Foundation for Individual Rights in Education, <https://www.thefire.org/>) y Heterodox Academy (<https://heterodoxacademy.org/>). FIRE remarca la “Defensa del Free Speech”.

Debido Proceso y libertad académica en los Campus Universitarios”. Por su parte, “Heterodox Academy is a group of 4,100+ educators, administrators, & graduate students who believe diverse viewpoints & open inquiry are critical to research & learning”.

Pueden seguir a Heterodox Academy en Twitter en @HdxAcademy. También a FIRE en @TheFIREorg. Profundizaremos sobre ambas instituciones en un próximo número.

Es que esta historia continuará



Donald Trump vs. Redes sociales

Hoy vivimos en un continuum comunicacional, propio de la era de la web 4.0 que ofrece un nivel de interacción más completo y personalizado. Los usuarios dejamos de ser consumidores pasivos de información para ser prosumidores, es decir que consumimos, pero también producimos contenido. La pérdida de contacto del mundo virtual, trae aparejada la sensación de una disminución en nuestras condiciones de sociabilidad (Roberto Igarza; 2009).

Tal como advirtió, hace un siglo atrás, el filósofo y teórico de la comunicación, Marshall McLuhann, el sistema de circuitos electrónicos pasó a ser una extensión de nuestro sistema nervioso central (Marshall McLuhann;1964). Nos desenvolvemos en nuevo modelo de comunicación horizontal, descentralizado y sin jerarquías, donde la cultura urbana se solapa con la cultura mediática.

En esta esfera virtual, las redes sociales se erigen como el recurso por excelencia para la movilización de la ciudadanía. Tanto las instituciones como los políticos, los partidos, las fundaciones y los think tanks, están utilizando estas plataformas para comunicarse e involucrar a los votantes. Estamos ante una nueva forma de pensar y hacer política.

Una de las reglas básicas de la comunicación política consiste en mantener el control del mensaje; sin embargo, esto no es posible en el ciberespacio, entendido como el ámbito de la “infoxicación digital”, donde el crecimiento exponencial de información acaba por intoxicar a los ciudadanos (Alfons Cornellá; 1996). Por otro lado, cada nuevo medio genera sus propias reglas de comunicación. Basta con remontarnos a los



setenta, cuando una mala performance en un debate televisivo le costó la elección a Richard Nixon (y resultó en el triunfo de John Fitzgerald Kennedy). ¿Será tiempo de preguntarnos si un uso inadecuado de las redes sociales puede costarle las elecciones a un presidente?

Mientras que el caso del ex mandatario Barack Obama resulta ejemplar, al punto de que The Washington Post (<https://www.washingtonpost.com/>) lo describió como el “rey de las redes sociales”, Donald Trump no parece correr con la misma suerte en su camino a la reelección 2021.

Primer round: twitter

En mayo de este año, Donald Trump amenazó con “regular fuertemente”, incluso “cerrar”, plataformas de redes sociales. Las declaraciones se suscitaron después de que Twitter señalara dos de sus mensajes como “engañosos” y recomendara “verificar los datos”.



A la larga lista de enemigos públicos que Trump contabiliza, pareciera ser que también sumó a la industria de Silicon Valley, que fue categorizada por el gerente de campaña del mandatario como “sesgada políticamente”. Por su parte, el actual presidente apuntó contra los responsables de Twitter y dijo que interferían en las elecciones, además de “sofocar su libertad de expresión”.

Resulta que la red social del pajarito adquirió el software Fabula AI que utiliza una técnica de inteligencia artificial llamada “aprendizaje profundo geométrico” sobre la que rastrea patrones de contenido que pueden revelar la existencia de noticias falsas. Desde la Start-up londinense aseguraron que su producto tiene una efectividad del 93%.

Segundo round: los adolescentes y el “Tik Tok gate”

Apenas veinte días después, Trump sufrió el segundo embate por parte de los adolescentes usuarios de Tik Tok. El acontecimiento fue conocido como el “Tik Tok gate”.

Como consecuencia de la pandemia, las concentraciones masivas habían estado suspendidas en Estados Unidos, y esto incluía los mítines de campaña. Pese a los temores de que un evento de este tipo podría contribuir a la propagación del covid-19 (en un país que estaba atravesando su peor momento con más de 120.000 fallecidos), a mediados de junio, con bombos y platillos, el equipo del líder republicano organizó un encuentro en el Centro BOK en Tulsa, Oklahoma. A pesar de que se habían emitido más de 19 mil entradas, asistieron poco más de 6 mil personas.



¿Qué fue lo que pasó? El estratega político Steve Schmidt, quien trabajó para la campaña de George W. Bush, reveló que miles de adolescentes solicitaron boletos sin tener la intención de presentarse al evento (<https://bit.ly/30HfPIB>).

Finalmente, según fuentes oficiales de Tulsa, solo unas 6.200 personas participaron en el mitin, aunque la campaña de Trump dice que unas 12.000 pasaron por el detector de metales.

Redes sociales 2 – Trump 0.

Demographic Swingometer

El demographic Swingometer es una herramienta novedosa creada por Cook Political y la cadena NBC, una encuestadora y un canal de televisión de los Estados Unidos. Esta herramienta nos permite ver quien ganaría las elecciones del año 2020 teniendo en cuenta los factores demográficos de la población. Nos muestra como serían las votaciones tanto a nivel nacional como estatal.

5 grupos son los que se tienen en cuenta, ellos son:

- Comunidad blanca sin terminar estudios terciarios
- Comunidad blanca con estudios terciarios finalizados
- Comunidad Afroamericana
- Comunidad Latina
- Comunidad asiática y otros

Esta herramienta nos permite modificar según nuestra percepción el porcentaje de participación que tendrá cada uno de estas comunidades y el porcentaje de votación a cada uno de los partidos.

El trabajo comienza con los datos de la votación de 2016 ajustados a la estimación de participación para las elecciones de 2020: el resultado es favorable a Joe Biden. Este mapa le

adjudica 307 votos electorales frente a 231 para Donald Trump. En cuanto al voto popular la estimación da una diferencia a favor de Biden de más de 5 millones de votos. Lo curioso de este mapa es que, como explicamos en el Newsletter anterior, en los “Swing States” la diferencia que se estima es muy pequeña. Ejemplos: Esta estimación da la victoria de Biden en Florida por un margen de 0,9%. Si nos vamos a los Estados del “Rust Belt”, la diferencia en algunos casos es aún menor. Así, en el caso de Pensilvania la diferencia es de 1,3% a favor de Biden y en los estados de Michigan y Wisconsin de tan solo 0,7% de los votos.

Las estimaciones muestran un 92% del voto Afroamericano al partido demócrata y un 8% al Republicano. En la comunidad Latina un 72% a favor de Biden contra un 28% a favor de Trump. Si nos ponemos a jugar y ajustamos tan solo 2% el voto Afroamericano, dejándolo en 90% a 10%, y el voto Latino ajustándolo tan solo un 1%, siendo 71% a 29%, el mapa electoral nos muestra la victoria de Donald Trump con 276 votos electorales a 262. La diferencia del voto popular pasa a ser de un poco más de 4 millones de votos.

¿Qué sucedió? Con esos nuevos por-

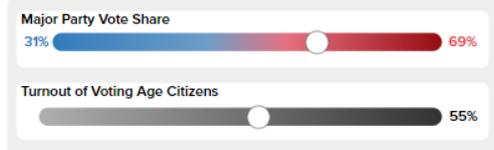
Recomendaciones

-centajes el Estado de Florida pasó a ser Republicano por 0,2%. Michigan también cambió de bando por un 0,1% de los votos. Esta herramienta novedosa nos permite jugar y ver cómo pequeños o

grandes cambios en los porcentajes de estos grupos pueden llevar para un lado u otro la próxima elección de los Estados Unidos.

Demographic Group (Reset All Values)

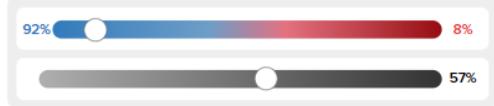
White, non-college graduate 41.1% of all voters



White, college graduate 31.2%



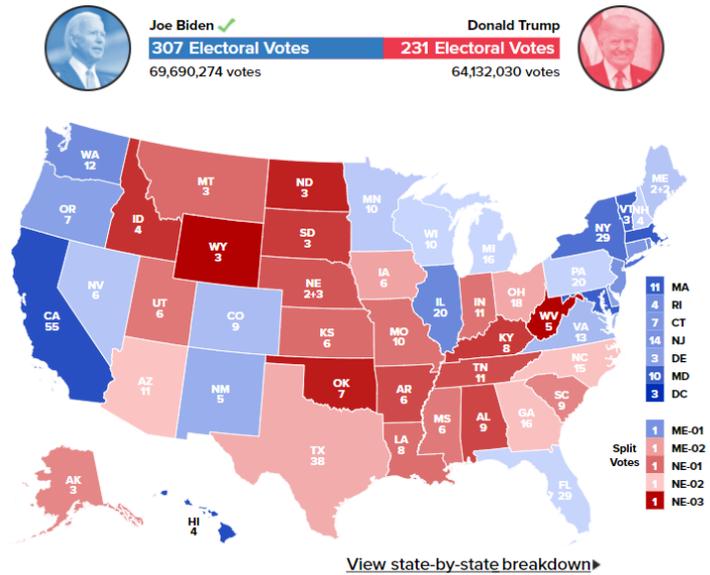
Black/African-American 12.3%



Hispanic/Latino 9.9%



Asian/Other 5.6%



<https://cookpolitical.com/swingometer>

Número 2, año 1
Octubre 2 de 2020

Editores

Pedro Isern y Agustín Pizzichillo

Asistente: Angelo Bardini; Lucia Salvini; María Virginia Martínez;
Pilar Fazio

Destacados:

Dónde obtener información sobre el proceso electoral:

- <https://projects.fivethirtyeight.com/polls/>
- <https://www.270towin.com/>
- https://www.realclearpolitics.com/epolls/2020/president/2020_elections_electoral_college_map.html

Un proyecto de CESCOS

Para más información ingresa en www.cescos.org

